



LEÓN ARSENAL

CORAZÓN OSCURO



La cruzada escocesa en la frontera de Granada



Apasionante, épica, con todos los ingredientes de la gran novela histórica, incluyendo escoceses.

En agosto de 1330, el noble escocés James Douglas cayó, junto con muchos de sus caballeros, en un combate durante el asedio de la fortaleza granadina de Teba. Con su muerte se perdió la reliquia que llevaba al cuello, dentro de un cofrecito. Dicha pérdida fue una mácula para la cruzada y el rey Alfonso XI de Castilla dispuso que el relicario se recuperase al precio que fuese. Esa decisión arrastró por igual pero de distintas formas a personajes muy dispares: desde John Glendonning, escudero de sir James que no pudo estar junto a su señor el día del combate, a María Henríquez, hija del maestro Gamboa, al que el rey culpaba en parte de esa pérdida. León Arsenal novela con su habitual maestría un hecho real acaecido en el pueblo de Teba. Un suceso ocurrido en la España medieval que fue el verdadero origen del apodo Braveheart, «corazón valiente», popularizado hace unos años por el cine y que en realidad designaba al rey escocés Robert the Bruce, de quien James Douglas fue su más estrecho servidor.

A mi buena amiga Sandra Lazcano Masot.
Esta es una novela de personas que se ven ante
reveses de la vida y de cómo se esfuerzan para so-
brellevarlos y superarlos. Una historia de las de
siempre, de las de toda la vida.

INTRODUCCIÓN

En el año 1330, un grupo de caballeros escoceses, acompañados de escuderos y servidores, partieron de su tierra natal al mando de James Douglas. Douglas era un veterano de la guerra de independencia escocesa y fue uno de los hombres de máxima confianza del rey Robert the Bruce, muerto el año anterior. Y en esa misión no solo era el caudillo, sino también el custodio de un relicario de plata lacada que colgaba de su cuello. Otro de los caballeros cargaba con la llave de ese relicario.

La hueste tenía como destino Tierra Santa, ya que su objetivo era unirse a la cruzada contra los sarracenos. Sin embargo, al saber que en el sur de España se libraba otra guerra, bendecida como cruzada por el papa, decidieron unirse a esta última.

Ahí, en el sur, Alfonso XI de Castilla estaba decidido a recortar los territorios del reino nazarí de Granada. El rey granadino a su vez había recurrido a alianza con el sultán de los benimerines, que le había mandado gran cantidad de tropas, al punto de que se puede decir que ostentaban el mando militar efectivo en el reino.

Los escoceses fueron muy bien recibidos por don Alfonso y, de hecho, al iniciar la campaña, dio a Douglas el mando de las tropas extranjeras que habían acudido a la convocatoria de cruzada.

En el verano de 1330, un gran ejército —suma de las huestes del rey, de las de algunos ricohombres, de las tropas de las órdenes militares, de las milicias de varias poblaciones, de contingentes cruzados extranjeros y de bandas

de aventureros que se habían unido a la campaña al olor de la guerra y el botín— cruzó la frontera con Granada y se dirigió a la conquista de Teba.

A cerrarles el paso salió el que las crónicas castellanas conocen como Ozmín, viejo general al mando de tropas bereberes y al servicio nominal de Granada. Acudió con toda la caballería que pudo reunir, tanto granadina como benimerín. Sin embargo, no se atrevió a arriesgar a sus fuerzas en una confrontación directa, que de acabar en derrota habría desguarnecido al reino de Granada.

En vez de eso, optó por quedarse al sur del río Guadalteba y confiar en que Teba resistiese. Porque Teba —para los musulmanes Hisn Atiba—, más que castillo, era toda una ciudadela de doble recinto que ocupaba dos mil quinientos metros cuadrados y estaba defendida por una muralla doble y un total de dieciocho torres.

En efecto, el ejército cristiano quedó atascado ante la fortaleza. Atascado y a más de media legua del río Guadalteba, de forma que tenía que enviar a sus rebaños y a sus aguadores a larga distancia. Algo que le hacía vulnerable a las partidas de jinetes de Ozmín.

Se produjo así una situación de equilibrio inestable, con Teba asediada, el ejército cruzado bloqueado ante sus murallas y con Ozmín al otro lado del río, hostigando pero sin plantar batalla. Y fue entonces, durante una de esas largas jornadas de agosto, cuando los cruzados escoceses de Douglas se enfrentaron a una cuadrilla de bereberes que habían cruzado el Guadalteba para atacar a los pastores y aguadores de los cruzados.

TORNAFUYE

El tornafuye era una táctica militar usada desde muy antiguo en la Península Ibérica. Consistía en fingir una huida a la desbandada para atraer al enemigo a la persecución, de forma que deshiciese su formación de combate o abandonase sus posiciones. Una vez conseguido esto, los presuntos fugitivos se revolvían contra los enemigos desordenados para aniquilarlos o, rebasándoles, ocupar sus posiciones abandonadas.

Tan pagados de su honor como temerosos de la ira del rey, los navarros de la hueste de Guillermo Ximénez fueron los primeros en acudir en auxilio de los cruzados escoceses. No pudieron llegar hasta ellos. Les cerró el paso una cuadrilla de benimerines que llegaban al galope a reforzar a sus correligionarios. Fue así como en aquel día de polvo, hierro y sed fueron a chocar los navarros y los bereberes, a rienda suelta y con lanzas tendidas.

Para el joven Juan de Beaumont, aquel fue el primer combate digno de tal nombre que libró en su vida. Tuvo la suerte de que en aquella jornada Martín Abarca estuviese cerca y atento a él en la medida de lo posible. Pues Abarca no solo era su primo, sino que también le sacaba unos años y estaba ya curtido en guerra y cabalgadas.

Y fue doble suerte, porque lo que en principio parecía una escaramuza más, otra de tantas entre el real castellano y el río Guadalteba, degeneró con rapidez en batalla campal. Se convirtió en un gran combate al sumarse cuadrillas montadas de ambos bandos. Luchaban a la jineta, al galope. Unos arrojaban dardos al paso. Otros se tiraban lanzadas, estocadas y escudazos al cruzarse. Muchos murieron en aquel día de lanzas cerca del río.

La percepción del mundo había cambiado de forma drástica para Juan de Beaumont. Momentos antes se abría a sus ojos anchuroso. Cerros, arboledas, jinetes que trotaban a lo lejos. Ahora, al cargar contra los bereberes, ese mismo mundo se había constreñido a polvaredas, agitar de hierros, griterío, relinchos, atronar de cascos, clangor de armas.

—¡A ellos! ¡Vuelta! ¡A ellos!

Así bramaba Guillermo Ximénez, lanza en mano. Beaumont pudo ver a través de los velos de polvo cómo su primo Abarca volvía grupas, martillo de armas en puño. Otro tanto hizo él, con su lanza todavía sin quebrar. Y también los demás, hasta treinta, todos juntos para buscar el enfrentamiento de nuevo.

Un enjambre de bereberes acudía en contracarga. En desorden y aullando, con los mantos coloridos al viento. Esos guerreros africanos eran una muralla móvil entre ellos y los escoceses. Les impedían prestarles la ayuda que con tanta urgencia necesitaban.

Al revolverse sobre la silla, Beaumont observó que llegaban refuerzos desde el campo castellano. Pero también lo hacían más benimerines. La lucha iba en aumento, el estrépito de las armas y de las cabalgadas crecía. Y los del bando cruzado no lograban avanzar un palmo. ¿De dónde habían salido tantos infieles? Se le ocurrió que hoy debía de haber más partidas incursoras al norte del río que de ordinario.

Pero no era tiempo de reflexiones. Los navarros cargaban entre gritos de guerra. Beaumont lo hizo inclinado sobre el cuello de su montura; tanto que las crines al viento le acariciaban el rostro. Llevaba la lanza tendida, en busca de algún enemigo. Los benimerines se acercaban con una rapidez que parecía sobrenatural, apuntando lanzas y blandiendo espadas centelleantes. Al mirar más allá de ellos, a través del polvo, Beaumont tuvo la impresión de que muchos escoceses habían sido derribados.

Aquellos extranjeros estaban rodeados por fuerzas muy superiores. Caballeros del lejano norte, ellos y sus corceles iban armados a la pesada. Bueno para cargas masivas en abierto. Pero eran lentos y, si se detenían, estaban perdidos. Justo lo que había sucedido. Estaban bloqueados y los benimerines cabalgaban a su alrededor como avispas furiosas.

Chocaron de nuevo navarros y moros, pero no de frente como la caballería pesada. Un benimerín pasó a gran velocidad a la izquierda de Beaumont. Vociferaba en su lengua y el manto azafrañado le aleteaba. Le lanzó un tajo al pasar y el navarro a su vez le sacudió con el filo del escudo.

Ambos se hurtaron al golpe del contrario. Y cada cual siguió su galopada en busca de nuevos enemigos.

Así se combatía a la jineta y en esas tácticas le había entrenado Abarca. A cabalgar sin pausa, a cambiar una y otra vez de dirección, a no arriesgar más de la cuenta, a tratar de herir sin ser herido.

Y sí. Había muchos escoceses ya a los pies de los caballos. Su mismo caudillo, el duque Jaime Dugel, estaba en aprietos. Él podría haberse librado de la aña gaza de los moros, porque se percató a tiempo. Pero no quiso dejar en la trampa a sus hombres. No quiso y ahora él mismo estaba atrapado.

En el instante crucial, solo un rato antes, el duque sí que mantuvo los ojos abiertos y la cabeza fría. Los navarros vieron de lejos cómo él y los más próximos refrenaban sus

monturas al ver que los bereberes en desbandada se revolían.

También pudieron más tarde dar fe de que parte de los escoceses, cegados por el polvo o la persecución, prosiguieron sin darse cuenta de que los benimerines giraban por ambos flancos para envolverlos. De que aquel noble de Escocia se lanzó en su ayuda. Y de que los que con él estaban le secundaron.

Y así fue cómo, unos por otros, acabaron todos en la encerrona.

Ya muchos escoceses, auxiliares y auxiliados, yacían por tierra. Y su caudillo enarbolaba su martillo de armas contra la nube de enemigos que le acosaban a estocadas.

Juan de Beaumont perdió de vista esa escena en su galopada errática. Acudió en ayuda de un compañero en apuros. Su sobreveste blancuzca ondeaba. El sudor le corría bajo el casco y la cota de malla. Las idas y venidas a caballo le daban una visión vertiginosa del mundo, a fragmentos y en ráfagas. Ahora una imagen fugaz de la fortaleza de Teba, allá en lo alto. Luego retazos del combate al galope entre bereberes y cruzados.

La carrera lo alejó del meollo de la lucha. Pegó una lanzada a un bereber que volvía. El otro interpuso la adarga. La vara saltó en pedazos, con tanta violencia que las astillas a punto estuvieron de lacerarle el rostro al navarro.

Mientras arrojaba el trozo que le había quedado en la mano para empuñar su martillo de armas, observó cómo allá a lo lejos venían más jinetes amigos. Ingleses. Inconfundibles sobre caballos enormes, con cruces rojas en escudos y sobrevestes. Caballería pesada que debía de estar de retén y que acudía, paradojas de la vida, en socorro de ese escocés que tanto daño les hizo en las guerras entre Inglaterra y Escocia.

Pero llegaban tarde. Juan de Beaumont hizo girar una vez más a su caballo. A su alrededor los demás navarros hacían lo mismo, entre gritos de guerra y voces de aviso. De-

lante tenían a casi un pequeño ejército de jinetes bereberes, fieros, desordenados, como surgidos por arte de magia de las piedras. ¿Cómo era posible? ¿Tantos había aquel día merodeando al norte del Guadalteba?

Otra carga. A la zaga de Martín Abarca. A lo más reñido de la lucha. Entre la confusión de jinetes a rienda suelta, de armas agitadas y de nubes de polvo, logró entrever una vez más al duque escocés. Solo ya, luchando contra muchos. Su suerte estaba echada. Los castellanos no habían logrado romper el cerco y los ingleses llegaban tarde.

Beaumont, azuzando a su caballo, repartiendo golpes de martillo y reveses de escudo, esforzándose en vano por llegar a los contados escoceses que seguían sobre sus sillas, presenció a poca distancia el final. El polvo que flotaba, así como ese cabalgar enloquecido, tratando de matar y no ser muerto, dieron a esas imágenes una pátina propia de los sueños, de casi irreales.

Pudo ver cómo el duque Dugel —a pocos cuerpos de caballo pero inalcanzable— soltaba su martillo de armas. Con este oscilando de la muñeca por una correa, se arrancó de un tirón el relicario que llevaba al cuello. Ese famoso de plata lacada, del que no se desprendía ni para dormir.

Lo vio girarse en la silla para arrojarlo por encima de las cabezas de los enemigos que le separaban de los refuerzos castellanos. En aquel instante de armas blandidas, gritos y confusión, el navarro supuso que el duque, sabiéndose perdido, hacía un esfuerzo para salvar al menos ese relicario que había traído en custodia desde su tierra natal.

Pero era mucha la distancia y el escocés estaba herido. Le fallaron el cálculo o las fuerzas. El cofrecillo voló en arco para caer entre los jinetes benimerines. Pero, antes de que tocase el suelo, el duque enarbolaba ya otra vez su martillo. Cargó en solitario. Tan cerca estaba Juan de Beaumont que, por encima del tronar de cascos, hierros, gritos y relinchos, oyó cómo gritaba algo con gran vozarrón. Pero lo hizo en su idioma y el navarro no pudo entender qué dijo.

No llegó al relicario. La nube de jinetes moros se cerró sobre él con algarabía y revuelo de espadas. Juan de Beaumont tuvo que desviar su cabalgada una vez más, a la par que lanzaba un martillazo contra un bereber que trataba de herirle con su espada. Y ya no vio más.

Porque en esa ocasión los navarros no tomaron distancia para un nuevo ataque. Se apartaron en ángulo, conscientes de que los ingleses estaban ya cerca e iban ganando velocidad para una carga masiva.

Ahí asomaban ya por entre las polvaredas, haciendo temblar la tierra. Desplegados, lanzas en ristre, con pendones de cruces rojas ondeando. Los bereberes de armaduras ligeras nada podían hacer contra esa caballería pesada, aparte de rehuir un choque que sería para ellos catastrófico.

Los moros se replegaban, cedían. Pero se llevaban con ellos los cadáveres, los propios y los de los vencidos. Tenían lo que querían. Habían ganado el día. Y los del bando cristiano, aunque dueños del campo de batalla, habían perdido a los cruzados escoceses. Y con ellos aquel relicario que estos con tanta devoción custodiaban.

EL REAL, LA ALMOFALLA Y EL ALFANEQUE

Real es uno de los nombres que recibían los campamentos militares en la Edad Media. Sobre todo se aplicaba a aquel en el que estaba plantado el pabellón del rey, si este participaba en la campaña, o de no ser así donde estaba la tienda del general al mando. Almofalla se llamaba a la agrupación de las tiendas de una hueste en guerra. Alfaneque era un nombre para tienda grande y, en particular, la del rey o general.

La ira del rey de Castilla, don Alfonso el Onceno, era a veces como hierro fundido. Roja, abrasadora, humeante. Otras, en cambio, parecía hielo que de puro frío quema. En todo caso, era siempre muy de temer. Y la ira estaba ahora ahí, agazapada al fondo de sus ojos claros. Como un león al acecho, presta a saltar a la menor provocación.

Se mostraba el rey parco de gestos y comedido en las frases. Nada de eso engañaba a Lope Núñez de Montenegro, que estaba acostumbrado al trato con los poderosos. Esa contención le alertaba sobre el verdadero estado de

ánimo del soberano, tanto como sus idas y venidas por el pabellón. También la forma en que movía las manos. Y su voz en exceso calma.

Sí. La ira estaba ahí. Una tormenta que podía desatarse por culpa de una sola palabra imprudente. Montenegro había visto a hombres perder oficios y honores, y hasta la vida, en circunstancias similares.

También Henrique Gamboa —Gamboa el Viejo— presenció en su día sucesos así. Y por eso ahora que era actor y no testigo, ahora que era su destino el que estaba en el fiel de la balanza, medía con sumo cuidado lo que decía.

—Alteza, los escoceses estaban advertidos. Les habíamos explicado las tácticas y añagazas más comunes en nuestras guerras. Se las habíamos explicado a todos. Y no una, sino varias veces.

El rey se detuvo en su deambular por la carpa regia. Observó al maestro de ingenios con sorna sombría.

—¿No será entonces que los instructores no hicieron su trabajo como debían?

Gamboa —flaco pero recio, de grandes barbas entre rubias y canas, y rostro renegrido por los soles del asedio— guardó silencio unos instantes. Los oficiales reales y los ballesteros de maza observaban sin osar casi ni pestañear. Se podía oír el vuelo de las moscas.

—Os juro por mi fe que no fue el caso. Yo en persona me ocupé de ello. Les instruí sobre las armas, las señas y las tácticas de nazaritas y benimerines. Les mostré cómo se lucha a la jineta. Les expliqué el tornafuye.

»Para estar seguro de que lo entendían sin equívocos, busqué intérpretes. Dos escoceses que sirvieron en las guerras de tu padre, don Fernando, que en paz descansen. Dos que luego se asentaron en Sevilla...

Asentía el joven rey como distraído. Con eso daba a entender que escuchaba, no que estuviese convencido. Enlazó las manos a la espalda para retomar su paseo por la tien-

da. Los presentes seguían cada paso con los ojos. Caminaba despacio, como el que reflexiona.

Vestía aljuba blanca y bonete colorado. Así, a la morisca, solía ataviarse en la intimidad, tanto por gusto estético como porque las prendas holgadas le eran cómodas. Se acercó a una mesa de campaña para servirse vino con sus propias manos. Se llevó la copa de metal a los labios.

—Entonces, ¿cómo es que ha ocurrido este desastre?

Gamboa el Viejo volvió a demorar la respuesta hasta el límite de lo prudente. Se frotó las manos y de sus mangas se alzaron motas de polvo. Venía del asedio. Por eso se había presentado ante el rey con cota de malla y cofia de cuero. Por eso estaba cubierto con el polvo de las cavas.

—Es difícil de precisar, alteza. Pero, por lo que cuentan los testigos, jinetes que trataron de auxiliarles, creo que el duque Dugel fue víctima del exceso de ímpetu de algunos de sus caballeros.

Don Alfonso detuvo el viaje de la copa a los labios. Con ella en alto, casi como en un brindis, se giró para clavar la mirada en su interlocutor.

—¿Qué dices? Mira, maestro Gamboa, que no es momento para acertijos.

—Desde luego que no, alteza. Discúlpame.

Cambió el peso del cuerpo a su pierna sana.

—Una patrulla avistó a una partida benimerín a este lado del Guadalteba. Quería atacar por sorpresa a uno de nuestros rebaños. El duque Dugel y los suyos estaban cerca y fueron a cerrarles el paso. Se produjo una escaramuza. Los benimerines cedieron y huyeron. Los escoceses les persiguieron y...

—Y esos malditos infieles les hicieron el tornafuye. Ya, ya.

Apuró de un trago, antes de posar la copa sobre la mesa con golpe seco.

—No me cuentes lo que ya sé, maestro de ingenios. Quiero que me digas por qué cayeron en esa trampa tan

obvia si les habías explicado el tornafuye.

Montenegro se percató de que Balboa volvía a dilatar la respuesta. Supuso que el buen hombre tendría la boca seca. A él le ocurriría lo mismo de estar en su pellejo.

—Alteza, el duque era un caudillo experimentado. Entendió a la primera mis explicaciones.

—De poco le ha servido.

—El duque se percató de la trampa. Varios de nuestros jinetes le vieron detenerse a tiempo. Por desgracia, su cuadrilla se había desorganizado. La persecución debió de encender la sangre y nublar el juicio a esos hombres.

»Dicen que cada cual iba por su cuenta, según la rapidez de su caballo. Se cegarían con las ganas de abatir enemigos. No debieron de estar atentos a nada más allá de la punta de sus lanzas. Ni siquiera a las señales del duque.

»Los más fogosos y los de caballos más rápidos se vieron flanqueados. El duque, al verlos en apuros, volvió grupas para acudir en su ayuda. Y los que estaban con él le siguieron, claro.

Una pausa, otro cambio de pierna.

—Así ocurrió todo. —Se frotó de nuevo las manos callosas, como si tuviera frío—. Podría decirse que murió por culpa de algunos de sus caballeros. No por la suya. Pero tampoco por la nuestra.

Don Alfonso se escanció otra copa de vino para acercarse acto seguido a las puertas de su pabellón. Los ballesteros de maza allí apostados alzaron los visillos. Entró a raudales luz de sol y una bocanada de aire cálido que estremeció los ropajes de los presentes e hizo temblar los pergaminos sobre las mesas.

El rey se detuvo en puertas, al resol. Con la copa en la diestra, se quitó el bonete, como para disfrutar de la brisa en la frente. Solía pararse justo en ese lugar porque desde ahí tenía buena vista no solo del real, sino también de la fortaleza de Teba.